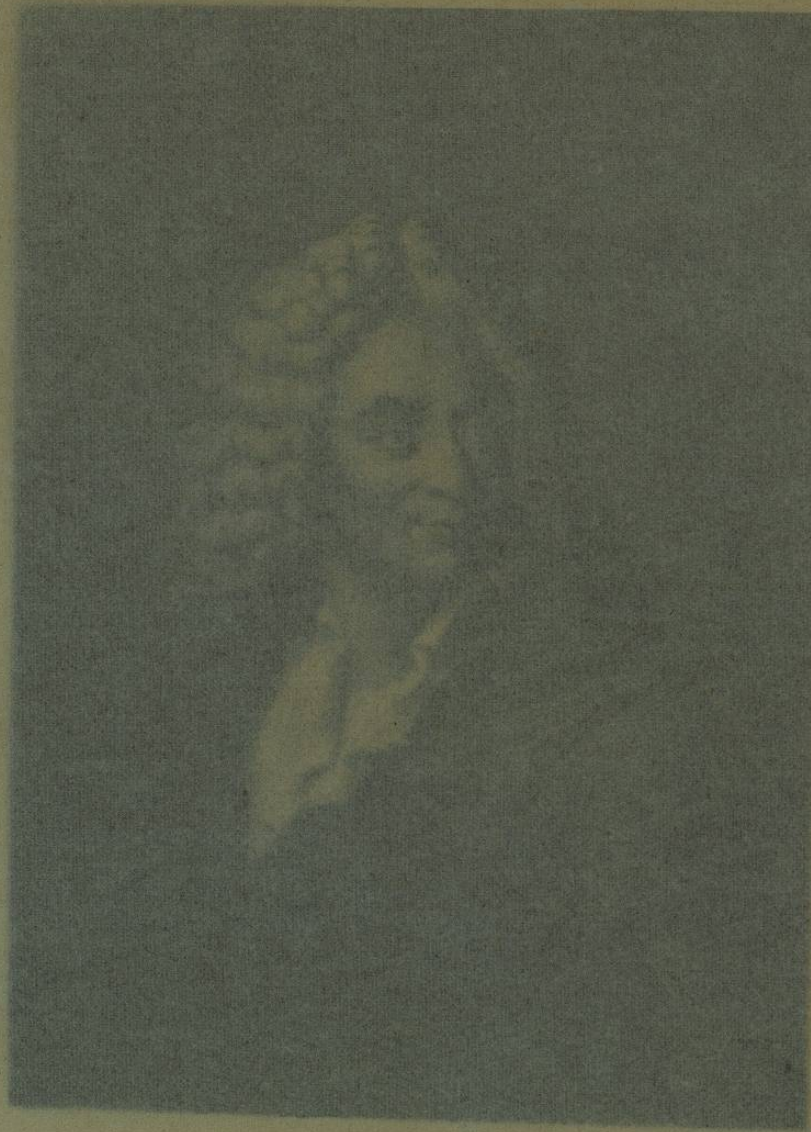


LE SAGE

Uno de los libros más franceses que existen es *Gil Blas*, á pesar de su traje español y de todas las imitaciones que en él hayan podido notarse. Importa poco que el autor haya tomado aquí ó allá el cuadro de su obra y que haya insertado tal ó cual episodio ajeno; el mérito no consiste en la invención general, sino en las descripciones, en el desarrollo de cada escena y cada cuadro, en los detalles del plan y en la facilidad con que se enlaza todo esto. En prosa y en forma de novela, es un mérito, es una originalidad del mismo género de la de La Fontaine. El libro de Le Sage es tan francés, que si la literatura francesa posee algún libro que deba releerse después de cada invasión, de cada perturbación en el orden moral, en la política, en el gusto, es *Gil Blas*. Su lectura calma el humor y purifica el lenguaje.

Le Sage nació, se formó y comenzó á producir reinando Luis XIV. Con veinte y cuatro años menos que La Bruyère y diez y siete años menos que Fenelon, tenía seis años más que Saint-Simon y pertenece á aquella generación cuyos comienzos fueron el consuelo de un reinado que declinaba y el ornamento de la decadencia de un gran siglo. Aquella generación se formó en una época para honrar la siguiente.

Según sus más exactos biógrafos, Le Sage nació en 1668 en la península de Rhuys (baja Bretaña), cerca de Saint-Gildas donde Abelardo fué abad. Del fondo de aquella provincia ruda y enérgica de donde han venido grandes escritores, innovadores más ó menos revolucionarios, los La Mennais, los Broussais y otro René, llegó también René ó Renato Le Sage; y llegó maduro, fino, curado de todo anticipadamente. Era el menos tenaz de los espíritus; no tenía



LE SAGE

Garner freres, Editeurs

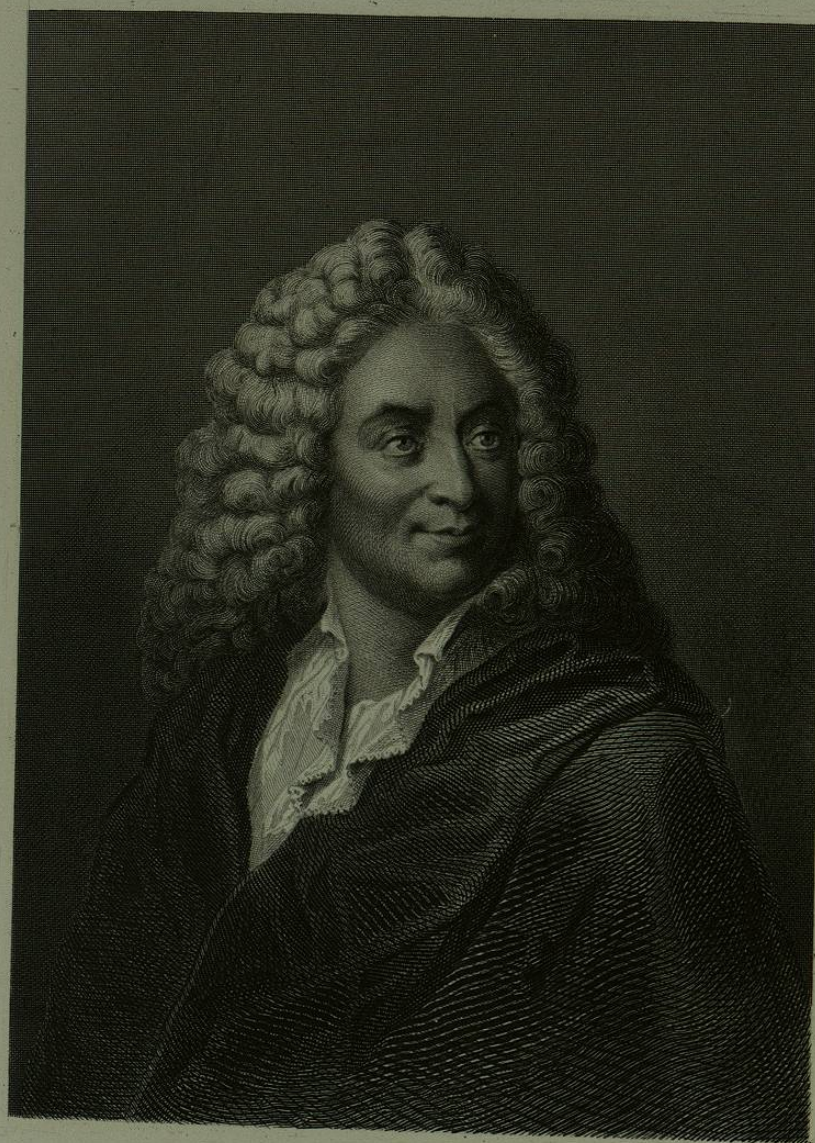
Imp. de la Cour, 1810

LE SAGE

Uno de los libros más franceses que existen en *l'Est*, á pesar de su nombre, y de todas las imitaciones que se le han hecho en otros idiomas, es el libro de Le Sage, *Le Diable à quatre*; el mérito no consiste en la observación general, sino en las descripciones, en el desarrollo de cada escena y cada cuadro, en los detalles del plan y en la facilidad con que se enlaza todo esto. En prosa y en forma de novela, es un mérito, es una originalidad del mismo género de la de La Fontaine. El libro de Le Sage es tan francés, que si la literatura francesa posee algún libro que deba releerse después de cada invasión, es este libro, que restituye el orden moral, en la política, en el gusto, en el humor y purifica el lenguaje.

Le Sage nació en 1668 en la península de Rhuys, cerca de Saint-Gildas donde Abelardo fué abad. Del fondo de aquella provincia ruda y enérgica de donde han venido grandes escritores, innovadores más ó menos revolucionarios, los La Mennais, los Broussais y otro René, llegó también René ó Renato Le Sage; y llegó maduro, fino, curado de todo anticipadamente. Era el ménos tenaz de los espíritus; no tenía

Segun sus más exactos biógrafos, Le Sage nació en 1668 en la península de Rhuys (baja Bretaña), cerca de Saint-Gildas donde Abelardo fué abad. Del fondo de aquella provincia ruda y enérgica de donde han venido grandes escritores, innovadores más ó menos revolucionarios, los La Mennais, los Broussais y otro René, llegó también René ó Renato Le Sage; y llegó maduro, fino, curado de todo anticipadamente. Era el ménos tenaz de los espíritus; no tenía



LE SAGE

Garnier frères, Éditeurs.

Imp. Ch. Chardon aîné, Paris

de breton más que la altivez de su alma y la independencia de su carácter. ¿Cómo y por qué pruebas llegó tan temprano á aquel conocimiento de la vida, á aquella entera y perfecta madurez á que le habia destinado la naturaleza? Se conocen muy pocos acontecimientos de su vida. Estudió en el colegio de Vannes, donde se dice que tuvo un excelente maestro. Quedó huérfano de madre á los nueve años y de padre á los catorce; su padre era notario como el de Boileau. Tuvo por tutor á un tío muy negligente. Á los veinte y dos años vino á París á estudiar filosofía y derecho, haciendo una vida de estudiante en la que no le faltarían aventuras de bachiller de las que tan bien refirió tantas. Conviene todos en que era un mozo alto, garbado, de fisonomía muy agradable. Se habla tambien de unos amores que se supone tuvo con una mujer de calidad. En todo caso, la vida enteramente mundana de Le Sage fué corta, pues se casó á los veinte y seis años con una señorita parisiense de veinte y dos. Á partir de aquel tiempo se consagró á la vida de familia y á una existencia laboriosa, en la casa de la calle de Montmartre donde habitó algun tiempo ó en cualquiera otra modesta vivienda, de las que habian de salir los deliciosos escritos que parecen el espejo del mundo.

Se cree que poco despues del casamiento vivió una temporada como dependiente de un hombre de negocios; pero este empleo regular duró muy poco tiempo y en él adquirió el desprecio que sentia y el horror que le inspiraban los tratantes, á cada paso estigmatizados por su pluma. La sátira de Le Sage es chispeante, ligera, sin amargura; pero en todas las ocasiones en que á los tratantes se refiere, aguza el dardo y lo hunde sin piedad como si ejerciera alguna represalia. He hecho la misma observacion en lo que respecta á comediantes, de los que habia tenido muchas quejas. Cómicos y negociantes son las clases con las que se ensaña y casi se encarniza el satírico amable, cuyas burlas en general son festivas y benevolentes.

Convertido en hombre de letras, encontró Le Sage un protector y un consejero en el abate Lyonné, hijo del hábil ministro. El abate conocia la lengua y la literatura españolas é introdujo á Le Sage en su conocimiento. Le Sage supo el español en una época en que se empezaba á no saberlo en Francia; pudo pues explotar aquella mina, rica todavía, que volvía á ser ignorada. Hagámonos una idea justa de

Le Sage y, para apreciar mejor su grato ingenio, no exageremos nada. Le Sage procedía como los escritores de estos tiempos, como los autores de casi todos los tiempos. Escribía al día, volúmen por volúmen; tomaba los asuntos donde podía, donde quiera que los encontraba, como un escritor de *oficio*. Pero lo hacía naturalmente, con facilidad, con un don especial que le era propio, para relatar y presentar los cuadros con un gracejo que lo llenaba todo y con una moral viva, corriente, desembarazada, que era su propia manera de pensar y de sentir. Después de algunos ensayos no felices de traducciones y de imitaciones, alcanzó sus dos primeros triunfos en el año de 1707 con la linda comedia *Crispin rival de su maestro* y con *El Diablo cojuelo*.

El Diablo cojuelo, por el asunto, los personajes y el título, está tomado del español; pero Le Sage lo redujo todo al punto de vista de París que conocía como nadie. Arregló su original con tanta facilidad y acierto, sembró tantas y tales alusiones al uso parisiense, fundió de tal suerte lo ajeno y lo suyo en un cuadro de costumbres tan divertido y acabado, que este pareció á la vez imprevisto y conocido, fácil y nuevo. Este es el libro que Le Sage rehará, retocará, recomenzará cien veces, de cien maneras distintas, en una ú otra forma; es el cuadro del conjunto de la vida humana; es la revista animada y palpitante de todas las condiciones, con las intrigas, las ridiculeces, los vicios de cada una. Imagínese el estado de los espíritus en el momento en que apareció el *Diablo cojuelo*, aquella ancianidad calamitosa, aburrida y apesadumbrada de Luis XIV, la devoción impuesta que sobre todos pesaba, el bien parecer convertido en regla de conducta. De repente Asmodeo se encarama con su compañero en lo alto de una torre, levanta como por encantamento los techos de la ciudad y quedan al descubierto las hipocresías, los rostros de conveniencia, el dorso de las cartas. Se ve el panorama en pleno día. Aquel Asmodeo tuvo una suerte loca; no se le daba tiempo ni para vestirse, dicen los críticos de entónces; iban á llevárselo sin concluir. Hicieronse dos ediciones en un año: « Se prepara una tercera edición, » anunciaba el Diario de Verdun en Diciembre de 1707. Dos señores de la corte se disputaron espada en mano en una librería el último ejemplar de la segunda edición.

Boileau sorprendió á su lacayo leyendo el *Diablo cojuelo* un día

que estaba en su casa Juan Bautista Rousseau; el lacayo fué advertido de que sería despedido si el libro permanecía en la casa. Hé aquí un triunfo más del libro de Le Sage: la cólera de Boileau.

Quizá el libro no sería muy moral para un jóven lacayo; la moral que predica no es ciertamente la del catecismo, es la de la vida práctica: no ser juguete de nada ni de nadie. Se puede decir de él como se ha dicho acertadamente de *Gil Blas*: Este libro es moral como la experiencia. El carácter de Le Sage se dibuja maravillosamente desde su primera obra; es La Bruyère en escena y en acción sin traza de violencia. *El Diablo cojuelo* es digno predecesor de las *Cartas persas*, pero las precede sin fatiga y también sin pretensiones; no hay en Le Sage ni la más mínima sombra de amaneramiento. Los rasgos de Le Sage son frases vivas y picantes, salidas y ocurrencias oportunas que brotan naturalmente. Así Asmodeo, hablando de otro demonio, de cierto cofrade suyo con quien había tenido una querrela, dice: « Nos reconciliaron, nos abrazamos y desde entónces somos enemigos mortales. »

Nada más gracioso que la pequeña comedia titulada *Crispin rival de su maestro*. Una de las primeras escenas entre los dos criados, ofrece un ejemplo de la ligereza cómica propia de Le Sage lo mismo en el teatro que en la novela. Los dos criados al volverse á ver se cuentan sus aventuras; los dos habían sido ántes, pero francamente, redomados pillos, y ambos creen haberse corregido haciéndose criados. Uno en particular se lisonjea de haber entrado en la buena vía: hablando de su amo, dice ingenuamente: « Es un guapo mozo aficionado al juego, á las mujeres y al vino, es un hombre universal. Hacemos juntos todas las picardías imaginables. Esto me distrae, me evita los peligros de la ociosidad y me libra de malas tentaciones. » — ¡ Inocente vida! replica el otro. Y yo diría: ¡ Inocente y excelente cómico este que nos muestra ingenuamente el vicio!

En esta comedia de Crispin empieza la hostilidad á los hombres de negocios. Crispin se dice á sí mismo que está cansado de la domesticidad: « ¡ Tú tienes la culpa! se dice, ¡ te dá siempre por las bagatelas!... ¡ Con el talento que tengo debería brillar en los negocios!... ¡ Ya hubiera hecho bancarota más de una vez! El rasgo final va á servir como de transición á la próxima comedia de Le Sage; Oronte

dice á los dos criados : « Tenéis ingenio, pero es preciso que hagáis mejor uso de él, y, para haceros hombres de bien, os voy á dedicar á los negocios. »

Tuvo Le Sage oportunidad feliz ; adivinó la verdadera orgía de advenedizos y tratantes que á poco sobrevino con la muerte de Luis XIV. *Turcaret* se representó en 1709 ; allí están estigmatizadas de antemano las ignominias que coincidieron con el triunfo del sistema de Law. La comedia denunció, precediéndola, aquella explosion del vicio y del ridículo ; hubiera sido preventiva si hubiese podido serlo. *Turcaret* es á la par una comedia de carácter y una página de la historia de las costumbres, como *Tartufe*. Molière habia hecho su *Tartufe* algunos años ántes que triunfase el verdadero Tartufo reinando Luis XIV ; Le Sage hizo *Turcaret* algunos años ántes que el verdadero Turcaret subiese al pináculo con la Regencia. Pero el verdadero Turcaret como tantos vicios de la Regencia habia salido de los últimos años de Luis XIV. Para su representacion hubo toda suerte de dificultades ; fué preciso que un hijo del rey las allanase. *Turcaret* se representó por orden del príncipe, á quien debe agradecerse este tinte de literatura, único que mostró en todo su vida (1).

Aunque tuvo necesidad de protectores para triunfar de autores celosos y de negociantes y horteras ofendidos, Le Sage se mantuvo digno sin prestarse á ninguna complacencia. En esto reconocemos al breton. Ántes que la comedia se representase habia ofrecido ir á leerla á la duquesa de Bouillon. La lectura debia verificarse ántes de la comida ; pero Le Sage, retenido por sus ocupaciones, llegó tarde. Al presentarse le dijo la duquesa con sequedad que le habia hecho perder una hora haciéndola esperar. « Y bien, Señora, respondió friamente Le Sage, os he hecho perder una hora y os voy á hacer ganar dos. » Y saludando, salió sin que nadie lograra detenerle. Collé que cuenta esta historia la sabía de buena fuente y como era un poco de su raza la aplaudia.

Aparte *Turcaret*, que fué una comedia de combate, una batalla li-

(1) *Turcaret* fué en el teatro, aún despues de Molière, una verdadera novedad. « Es raro, dice Champfort, que Molière que no perdonaba nada no haya lanzado un solo dardo contra los financieros. Se dice que Molière y todos los autores cómicos de su tiempo, recibieron órdenes de Colbert sobre el particular. »

brada al vicio para hacerlo odioso, la sátira de Le Sage tiene un carácter amable y divertido que constituye su encanto y su originalidad. Así sucede en su famosa novela de *Gil Blas*, fácil y deliciosa obra maestra á la que para siempre vivirá unido su nombre.

Gil Blas se publicó en cuatro volúmenes sucesivos. Los dos primeros salieron á luz en 1715, esto es, el año de la muerte de Luis XIV. En ellos se respiraba juventud, frescura, lozanía, cierta libertad que convenia á los comienzos de una época emancipada. ¿ Qué diremos de *Gil Blas* que ya no se haya dicho, que no hayan sentido y expresado tantos panegiristas ingeniosos y críticos perspicaces, que todo lector juicioso no haya pensado por sí mismo ? Yo me contentaré con repetir humildemente lo que han dicho tantos otros (1). El autor, en este relato extenso, complicado y al mismo tiempo fácil, ha querido representar la vida humana tal como es, con sus alternativas y sus aventuras, con las rarezas que proceden de los cambios de fortuna y con las que provienen de la variedad de humores, diversidad de gustos y defectos personales. *Gil Blas* es un hombre de nacimiento humilde ; muéstrase desde niño despierto y espiritual ; recibe una mediana educacion y sale de la casa paterna á los diez y siete años para buscar su vida por el mundo. Pasa alternativamente por todas las condiciones, aún por las más vulgares y más bajas ; no está en ninguna demasiado descontento aunque procura siempre ascender y mejorar. *Gil Blas*, en el fondo, es cándido y honrado, crédulo, vano ; toma el anzuelo con facilidad, siendo engañado por un parásito que le adula, por un criado que hace el devoto y por las mujeres ; es víctima de sus defectos y algunas veces de sus cualidades. Paga el noviciado en todos sentidos y nosotros hacemos con él nuestro aprendizaje. No se anticipa á la experiencia ; la recibe. No es un hombre de genio, ni un gran talento, ni tiene en sí mismo nada de particular. Pero sí es un espíritu sano, fácil, activo, esencialmente educa-

(1) Aún no se ha dicho la última palabra acerca de Le Sage, con haber sido un tema bastante debatido. Críticos eminentes han llegado hasta negarle la paternidad de su *Gil Blas*, y más aún, hasta acusarle, no de plagario, sino de usurpador de manuscritos ajenos. Sea como quiera, fuerza es convenir en que jamas ha escrito ningun extranjero con tan profundo conocimiento de España. La exactitud de sus cuadros, la justicia de sus observaciones, la propiedad de sus términos, pueden haber contribuido á que se discuta su derecho á ser considerado legítimo y verdadero autor del libro que le ha inmortalizado ; pero en realidad no existe prueba suficiente de que haya sido usurpador ni plagario. N. del T.

ble y perfectible poseyendo el germen de todas las aptitudes. La cuestion para él es aplicarlas y acaba por hacerlo. Llega á ser bueno para todo y merece en definitiva este elogio que le tributa su amigo Fabricio : *Tienes la herramienta universal*. Pero este elogio no lo merece hasta el fin, lo cual nos anima á todos; comprendemos leyéndolo que podemos sin presuncion ni esfuerzo salir adelante como él.

Quando se lee *René* por vez primera queda el lector dominado por una impresion sombría. Cada cual imagina que se reconoce en aquella naturaleza elevada, privilegiada, excepcional, pero aislada y sin cosa alguna que la acerque al comun de los hombres. Se busca, se idea, se sueña alguna desgracia única para consagrarse á ella envolviéndose en la soledad. Se piensa que « un alma grande debe contener más penas que una chica » y se añade en voz baja que bien puede ser uno el alma grande. En fin, se sale de esta noble y agitadora lectura más agitado, más desolado, más orgulloso que ántes.

No hay nada más opuesto á *René* que *Gil Blas*; este es un libro á la vez burlesco y consolador, libro que nos hace entrar de lleno en la corriente de la vida y en la multitud de nuestros semejantes. Cuando estéis más triste y apesadumbrado, cuando creáis en la fatalidad, cuando imaginéis que las cosas extraordinarias que os suceden no le suceden á nadie, leed el *Gil Blas*; veréis que vuestras desgracias no son únicas, pues *Gil Blas* tuvo las mismas ú otras semejantes, las tomó como simples contratiempos y al fin se consoló.

Todas las formas de la naturaleza humana y de la vida se encuentran en *Gil Blas*; todas, excepto aquella elevacion ideal y moral que es muy rara sin duda, que es fingida á veces, pero que se encuentra lo bastante para no omitirla en un cuadro completo de la humanidad. Le Sage, aunque hombre de bien, no tenía este ideal en sí. Opinaba que « las más perfectas producciones del espíritu son las que no tienen sino ligeras faltas, como los hombres más honrados son los que tienen menos vicios. Nada más verdadero que tal observacion, y en *Gil Blas*, aplicando esta manera de ver, distribuye algunos pequeños vicios entre las gentes de bien. El protagonista es el primero que si no tiene vicio innato bien caracterizado es capaz de contraerlos todos. Es por sí mismo honrado, ya lo he dicho, prefiere generalmente el bien al mal, pero se desliza fácilmente sin avergonzarse demasiado cuando la oca-

sion, el interés ó la vanidad le tientan. Le Sage habia observado un hecho que otros moralistas han consignado tambien : lo más característico en los hombres tomados en conjunto, lo que más admira aún á los que se precian de conocerlos más, no es su perversidad, no es su locura; lo más sorprendente é inagotable en la masa de los hombres es su servilismo, su bajeza, su rebajamiento. El autor de *Gil Blas* lo sabía bien; su personaje, para ser un tipo natural, un tipo medio, no podia ser un estoico ni un héroe. Nada tiene de singular y único, ni siquiera de raro. *Gil Blas*, al contrario de *René*, se parece á usted, á mí, y á todo el mundo. Á esta conformidad de su naturaleza con la de todos, á su franqueza, á la ingenuidad de sus confesiones, debe no obstante sus vicios lo que tiene de interesante y amable para el lector. En cuanto al respeto, ya se ha dicho muy espiritualmente que es la última cosa que nos pide.

Se han pronunciado muchas veces á propósito de *Gil Blas* los nombres de Panurgo y de Figaro. Pero Panurgo, la más ingeniosa creacion del genio de Rabelais es mucho más singular; es un original dotado de fantasía propia, de vena poética grotesca. Representando Panurgo sólo ciertos lados de la naturaleza humana, los exagera, los recarga adrede de una manera risible. Figaro, que está más en la línea de *Gil Blas* y en cierto modo es de la misma raza, tiene tambien una animacion, un *brio*, que no carecen de lirismo. *Gil Blas* es más completo, tiene más unidad, está más en el tono habitual de todos y cada uno. Somos nosotros mismos, repito, que pasamos por las diversas condiciones y por todas las edades.

El juez más competente en semejante materia, Walter Scott, ha caracterizado magistralmente la crítica fácil, viva, espiritual, indulgente de *Gil Blas* : « Esta obra, dice, deja al lector contento de sí mismo y del género humano » Este es un resultado que parecia difícil obtener de un escritor satírico que no pretende embellecer la humanidad; pero Le Sage no quiere tampoco afearla ni calumniarla; se contenta con mostrarla tal como es y siempre en estilo festivo y natural. Su ironía no tiene acritud como la de Voltaire. Si no tiene el aire de distincion y de buena sociedad que es el sello de la de Hamilton, carece tambien de su sequedad y cáustico refinamiento. Es una ironía que revela un alma sana. Encuentra un rasgo de malicia y continúa